

XXIII

BOABDIL Y ZAFRA EN LA BAJA ALPUJARRA ALMERIENSE

No tardaron los moros de la Alpujarra almeriense, de Guadix, Baza y Almería, súbditos mudéjares de Castilla, en faltar a lo capitulado, rebelándose aquel mismo año de la capitulación, con lo que desobligaron a los Reyes Católicos de lo que se habían obligado. Antes de que Guadix y Almería y las villas y lugares de la Alpujarra se entregaran, Boabdil, previendo el aislamiento en que iba a quedar Granada con las tierras que estaban en su poder, si se llevaban adelante los planes de El Zagal y El Nayar para rendir las partes del reino granadino que estaban en su poder y hacerse súbditos de Castilla, escribió a los jeques de Ugfjar una carta, que nos ha conservado el archivo de la Casa de Zafra, y que, traducida por Gaspar Remiro, ha sido publicada por Garrido Atienza. La carta va dirigida a los jeques, visires y dignatarios de la taha, al adelantado Abulcasin Alasai y a las autoridades de la alquería de Picena. Está fechada en Granada a 22 de muharran del año 895 (16 de diciembre del 1489). Boabdil dice que no ha dejado de trabajar por la paz y el bien, por la libertad y prosperidad de los musulimes y, aunque los pueblos de la Alpujarra no han dejado de imposibilitar la paz con él, hasta llegar a la rendición y entrega de Baza, como él es de Dios, se dirige a ellos, para que consideren el resultado de sus disensiones y se unan; les anuncia que ha decretado una amnistía feliz por dos años para los que quieran acogerse a ella y les ordena que reconozcan su autoridad.

De momento los alpujarreños no prestaron mayor atención a las palabras de Boabdil; pero éstas calaron hondo en sus corazones. En el verano del 1490, después de retirarse los ejércitos de los Reyes Católicos de la

Vega de Granada, una vez talados sus campos, Boabdil puso sitio a la fortaleza de Alhendín, sita a dos leguas de Granada, se apoderó de ella y la arrasó. Esta victoria enardeció a los granadinos y soliviantó a los alpujarreños, que al ver aparecer al Rey Chico por las asperezas de sus sierras, se alzaron por él. Boabdil cruzó audazmente la Alpujarra y el Andarax, dominios de su tío, rindió y desmanteló la fortaleza de Marchena, que era de Yahya el Nayar y tenía como alcaide a Pedro de Calatayud, puso sitio a la fortaleza de Mondújar, que resistió bravamente y con éxito gracias al valor de doña María de Acuña, que dirigió la defensa en ausencia de su marido. Todos los pueblos de la Alpujarra se perdieron de momento. Se rebelaron los moros de Pechina, Fiñana, Lijar y Cabrera y se abortaron las conspiraciones de los moros de Almería, Guadix y Baza. Se emplearon en reducirlas Yahya el Nayar, que ha tomado en su bautizo el nombre de Pedro de Granada, y su hijo Alonso, don Gutiérre de Cárdenas y el mismo rey don Fernando, que resuelve la situación sacando de las ciudades muradas a los alborotadores y esparciéndolos por lugares abiertos. En agosto, el ejército castellano vuelve a talar la vega de Granada.

Cuando el Zagal supo que su sobrino se acercaba al Andarax, salió a cortar el paso y, al no poderlo contener, se retiró a Almería y se encerró en la Alcazaba. Según el Maqqari, en septiembre el Zagal recuperó las fortalezas del Andarax. Considerando que las tierras de su señorío no estaban seguras en su poder, pidió al rey don Fernando que recibiera sus fortalezas y le diera seguro para pasar a Africa. Dice Zurita que se lo concedieron para él y para «los que se quisieron ir con él». Marchó a Orán y de allí pasó a Tremecén, «donde él se asentó y donde sus descendientes residen hoy (siglo XVIII en que escribe el Maqqari) y son conocidos con el nombre de los hijos del sultán del Andalus».

Por una instrucción del marqués de Cádiz sabemos que la dificultad mayor que encontraban los castellanos para apaciguar a los alpujarreños era el desconocimiento de la tierra. «Hayán todos los hombres del campo que aquí tenemos —dice en el verano de 1490 estando en el valle de Lecrín buscando entrada a la Alpujarra— muy dificultoso el podernos juntar con los que han de venir por la parte de la Alpujarra, así por la estrechez de los caminos, como por ser la tierra tan fragosa que con poco estorbo los de allí llegarían tarde donde nosotros debemos estar». Aunque los moros leales le explican el modo de ser de la tierra, el de Cádiz desconfió. «Dicen tanta aspereza de la tierra que non curo de oílos».

El marqués de Cádiz rogó a los reyes que ordenasen al Mariscal de Castilla, Diego Fernández de Córdoba, a Juan de Almaraz y a Yahya el Nayar, ahora don Pedro de Granada Venegas, que entraran en la Alpujarra y la sujetasen. A reducir Berja, Adra y Dalías vinieron don Pedro y

su hijo don Alonso. Para sujetar Adra, desde la que los moros rebeldes estaban en relación con los berberiscos y alzaban la revuelta en los otros lugares, los Nayar se sirvieron de una estratagema. Don Alonso se presentó ante la playa de Adra con seis navíos, que enarbolaban banderas moriscas, para dar a entender a los rebeldes que eran los socorros que esperaban de Berbería. Cuando los moros salieron de Adra la Vieja a la playa, echó su gente a tierra y los pasó a cuchillo, mientras su padre los atacaba por tierra. Don Alonso cogió un estandarte a los rebeldes y los reyes le concedieron que lo pudiera añadir a su escudo. A su padre le agradecían el servicio. «...lo cual vos tenemos en servicio y bien tenemos entendido que dondequiera que vos estuviereis, habéis de mirar a todas las cosas que a nuestro servicio cumplen».

No obstante haberlos apaciguado, la inquietud y rebeldía seguían latentes. En octubre de 1491 los de Almería intentaron apoderarse de la ciudad, para lo cual unos cuatro mil moros de los pueblos vecinos intentaron sorprender de noche a la escasa guarnición y fueron rechazados por el capitán Rodrigo de Xibaxa. Los reyes ordenaron que se castigase rigurosamente a los culpables y muchos se fueron a África.

Rendida Granada, la tierra se apaciguó un tanto. Los que no se adaptaban a la nueva situación se echaron al monte y corrían la tierra robando y asesinando. En la primavera del 1492 Zafra decía en carta a los reyes: «Después que vuestras Altezas en buena hora partieron de esta cibdad se han fecho y cometido algunos delitos de salteamientos de caminos y muertes de hombres en los campos y yermos de la Alpujarra y de otras partes deste reino. Y como quiera que en esto se ha puesto todo el recaudo y diligencia, que se ha podido poner, no se ha podido tan bien remediar que todavía no haya algunos daños. E veyendo quanto deservicio se sigue desto a Vuestras Altezas y a la tierra universalmente, parecíamos que si dello Vuestras Altezas fuesen servidos, que se podría remediar haciendo en este reino hermandad». Unos meses después, el 22 de agosto, Zafra decía a los reyes: «Esta cibdad y toda esta tierra está a Dios gracias en mucha paz y mucho sosiego, y la gente toda generalmente muy alegre y muy contenta, y todas las cosas a mi ver muy bien regidas y gobernadas, y el salteamiento de caminos ha cesado, que más ha de cincuenta días que non han habido daño ninguno, y todo a Dios gracias está como al servicio de vuestras Altezas cumple».

Por este tiempo rondaba nuestras costas un corsario francés a las ganancias que pudieran depararle las naves en que los moriscos se iban a Berbería. Zafra se lo comunica a los reyes: «Certifico a vuestras Altezas que un corsario francés ha estado corriendo desde el estrecho fasta Almería más de treinta días con una nave de doscientos e cincuenta toneles

(208 toneladas), que la cosa más vergonzosa del mundo ha sido, como de herrera vuestras Altezas podrán ser informados; y la vida diera por poder armar contra él, mas súpelo tan tarde que non a avido lugar. Y agora parte Francisco de Alcaraz a informarse si todavía está allí, y si estoviere por ventura, con ayuda de Dios podrá ser que pague».

En las negociaciones llevadas a cabo para la entrega de Granada los comisionados del Rey Chico pidieron para éste la ciudad de Purchena con su aicazaba, fortalezas, lugares y tierras de su jurisdicción, que los Reyes Católicos habían prometido a Boabdil años antes, cuando éste estuvo a su servicio, y todas las tahas alpujarreñas, las de Berja y Dalías para darlas a su hijo, y el Campo de Dalías para que los moros pudiesen apacentar en él sus ganados en invierno. No se le concedió lo de Purchena; pero sí se constituyó un señorío con las tahas alpujarreñas, incluidas las de Berja y Dalías, con la salvedad de que «sus Altezas sean requeridos primero si lo quieren comprar en caso que lo quieran vender». Boabdil con su familia y servidores se vino a la taha de Andarax, fijó su residencia en el lugar que los moros llamaban Codbaa y los castellanos llamaron a partir de la guerra de los moriscos Presidio del Andarax y ahora Fuente Victoria.

No se avenían los moros granadinos a ser súbditos de Castilla, habiendo sido señores de su tierra. Entregada Granada, los más pudientes emigraron a Marruecos, camino de escape que los reyes les habían dejado abierto adrede. Primero se retiraban a sus alquerías y después se iban a Africa. No podían alegar malos tratos, pues en los primeros años se les cumplieron meticulosamente las capitulaciones. Era natural que no pudieran sufrir el aire tirunfalista de los cristianos, que venían a poblar las tierras que habían pasado a ser propiedad de los reyes y éstos les daban en recompensa de los servicios prestados durante la guerra.

Hernando de Zafra tenía a los reyes al corriente de este estado de cosas. En septiembre del 1492 les dice: «Los Abencerrajes llevaron sus mujeres al Alpujarra. Después de haber vendido aquí toda su hacienda, aderezan para partir a fin de marzo». «A mi ver toda la más de la gente hace talegas para partir para este tiempo. Y crean vuestras Altezas que venido el verano, no quedarán aquí sino labradores y oficiales, que a lo que veo todos los más están de camino, y no por malas obras que reciban, que creo que nunca gente se trató mejor desde que el mundo es mundo».

El mismo Boabdil y su familia, aunque de momento rechazaban la idea de irse a Marruecos, no estaban tranquilos, una incoercible desazón les roía el alma y, sin proponerse como meta inmediata la partida, comenzaron a deshacerse de sus bienes. «El rey Boabdilli —dice Zafra a los reyes— y su madre y su mujer y su hermana venden destos sus heredamientos

cuanto pueden y, sin estar determinado si pertenecen a vuestras Altezas o no, los compran algunos y no aprovecha requerírgelo a los compradores».

De 1492 a 1500 la población de Berja, Adra y Dalías debió sufrir una merma bastante considerable por la sangría de la emigración a Marruecos. En el verano de 1492 Zafra dice a los reyes que había en Berja unas seis mil almas. La población había aumentado por el concurso de los que venían a estar cerca de la costa para marchar aliende y lo mismo ocurriría en Dalías y su Campo y en Adra. Cesado el flujo, la población volvió a su nivel de siempre. Ochenta años más tarde, en vísperas de la rebelión morisca, en la taña de Berja había poco más de mil almas entre moriscos y cristianos viejos, en la de Dalías seiscientas y en la Alquería de Adra bastante menos.

A primero de diciembre de 1492 Boabdil andaba de caza, según Zafra, por tierras de Berja y Dalías. «El rey Muley Boabdili y sus criados andan continuamente a caza con azores y galgos, y allá está agora por el campo de Dalías y Berja, aunque su casa tiene en Andarax, y dicen que estará allí por todo este mes».

En el Andarax Boabdil se comportaba como un súbdito más de los Reyes Católicos y nada podía reprochársele a su conducta; pero las previsiones políticas ponían un punto de desazón en el ánimo de los reyes. Boabdil y sus familiares, sin proponérselo, eran siempre para los moros granadinos un incentivo para la rebelión, por lo que los reyes comenzaron a pensar que sería conveniente que pasaran a Africa como hacían los moros principales, sus antiguos súbditos, y encargaron a Zafra que tanteara su ánimo y procurase con maña inducirlo a dar este paso.

No defraudó Hernando de Zafra a los reyes, aunque la empresa no era fácil. El 11 de diciembre les daba cuenta de sus primeras gestiones. «En lo que toca a lo del Rey Muley Boabdil quel Cayzí me dijo, venido el Cayzí, que es ido a comprar aquellas cosas que a vuestras Altezas escribí, yo diré lo que vuestra Altezas mandan... Verdad es que yo pongo mucha duda que el Rey Muley Boabdili acepte esto, porque... al Rey Muley Baudili enviaron dos mensajeros sobre esto, y aun yo también tenté al Muley sobre ello, y burlaron dello, y me respondió que decía su amo y aun el también que pues había dado su reino para estar en paz, que no iría a reino ajeno a estar en cuestión, en especial so seguridad de alárabes... mas como digo, venido el Muley, lo moveré de manera que si algo se ha de hacer por allí, lo haga, y todo con aquel tiento que al servicio de vuestras Altezas toca». Tan bien supo mover Zafra el ánimo de Boabdil, que en enero siguiente pudo decir a los reyes que el Rey Chico partiría para Berbería «a cuatro de hebrero» y que no se iba antes porque estaba preparando algunas cosas para el camino. Estos preparatorios se dilataron

tanto que en junio Boabdil estaba aún en Fuente Victoria. Entre tanto murió su mujer y la llevaron a enterrar en el cementerio real de Mondújar. Por fin embarcó en agosto.

Boabdil recibió de los Reyes Católicos por sus bienes nueve millones de maravedís. Al destierro le acompañaron sus cortesanos Aben Comixa, que recibió casi un millón por su hacienda, Muley millón y medio, Juza de Mora cien mil y el Cauzí doscientos mil. Boabdil donó a su hijo don Juan de Granada, que quedó en España, la taha de Dalias con la mitad de sus salinas y los Reyes Católicos compraron a don Juan estas y otras posesiones de la Alpujarra en novecientos setenta mil maravedís.

Como fruto de su diligencia en averiguar las rentas de los reyes nazaritas, Zafra nos ha dejado unos datos preciosos, aunque escuetos y escasos. Se refieren a la recaudación de los derechos reales. Berja pagaba cada año ciento ochenta mil maravedís, Dalias, seiscientos ochenta y dos mil quinientos y las salinas de los Cerrillos, más de doscientos cincuenta mil.

Para liquidar los asuntos de Boabdil, Zafra estuvo en la Alpujarra en octubre de 1493. «De acá —dice a los reyes— no sé otra cosa que decir a vuestras Altezas, sino que cuanto más veo esta tierra, tanto me parece mejor, y desde que vi la Alpujarra y vi las cosas della, tanto di y doy muchas y muchas mayores y más gracias a nuestro Señor por el buen aventurado fin que a vuestras Altezas dio en esta santa conquista, que certifico a vuestras Altezas porque vean cuán estéril tierra es la Alpujarra, que estábamos en Verja más de seis mil personas de cristianos y moros y que nunca nos faltó mucho pan y carne y pescado y frutas, muy barato, y la cebada a cincuenta maravedises la fanega y las gallinas a doce maravedís y las perdices el par a nueve, y este año no recogieron el cuarto de pan que el año pasado».

De los moros principales, que se bautizaron y quedaron en Aimería, tenía haciendas en Berja el alfaquí y secretario del Zagal Abdala Solimán, que cambió el nombre en el bautizo por el de Francisco de Belvis.

Los moros de Berja y Andarax, que emigraron a Marruecos en los años que siguieron a la reconquista, se establecieron en las comarcas de Gomara y Ajmas, en las que se conservan apellidos españoles de aquellos tiempos. El Instituto de Altos Estudios Marroquíes los describe así: «Son generalmente muy blancos de piel y tienen una fisonomía netamente europea, son muy limpios y muy corteses, sus casas son muy lindas, sus mujeres son muy hábiles en bordados...».